

La familia Peruana Huapaya Correa

Mi barrio se me perdió de vista al comienzo del año 1974 fecha que salí de Chile hacia Lima. En esta ciudad me esperaba con los brazos abiertos la Señora Yolanda Huapaya Correa y su hermosísima familia Peruana. La tía Yolanda, como la llamaba yo, me había comprado un pasaje de la Braniff desde Santiago para irme al Perú. La tía Yolanda quien me conocía muy bien, su hijo Víctor Hugo había estado un tiempo en nuestro barrio y yo había estado anteriormente en Perú con el Chico Luis y el Raúl Videla, estaba muy preocupada por la situación política de Chile en relación al golpe de estado del General Pinochet en 1973. Las noticias que llegaban al Perú acerca de Chile no eran muy alentadoras desde el punto de vista de los derechos humanos. Ella pensó que era una buena idea que yo me fuese a su hermoso e interesante país. Yo creí también que era lo mejor y se lo expliqué a mi madre. La solidaridad Peruana llegó en mi ayuda y Perú no solo me recibió a mí con los brazos abiertos sino que también recibió en solidaridad a cientos y cientos de chilenos buscando santuario político en su territorio. Demás está decir que yo, sin ninguna participación en algún partido político, sentí mucho miedo de la extraordinaria agresividad de los soldados chilenos contra los llamados Allendistas. (Los upelientos para el momiaje). Este sentimiento mío de terror y pánico se multiplicó a través de todo el país en millones de hogares. Si bien es cierto que nunca participé en algún partido político esto no quería decir que era un apolítico. Al contrario, como obrero que era, me sentí siempre un Allendista y con el negro José Abarca nos íbamos siempre a las grandes concentraciones para dar un apoyo al gobierno del Pueblo. Ese Pueblo era yo, mi madre, los de mi barrio y los más desaventajados de Chile. *"¿Supiste lo que paso?", Dicen que hay muertos en el río Mapocho" Chucha creo que a... no lo han visto desde hace días"*. Si recuerdo bien estos eran algunas de las subterráneas voces que se escuchaban por doquier en mi barrio después del golpe del 11 de Septiembre. Y como Chile con Pinochet entraba a la fuerza a un infierno yo, con mucha pena, decidí aferrarme firmemente a esa línea lírica de nuestra canción nacional que dice "o el asilo contra opresión..." para seguir volando y cantando en libertad.

Tres meses hermosísimos tuve en Perú donde la familia Huapaya me trató como un hijo deleitándome con la magnífica comida Peruana. Mientras tanto Lima en estos tres meses se había llenado de chilenos, el gobierno se puso nervioso con los "izquierdistas" y culminó rehusando a renovarnos la visa de estadía. La cosa se puso muy negra para todos en Lima y, por supuesto, mas negra se ponía la situación para los chilenos en Chile bajo la dictadura. Tan mala estaba la cosa en nuestro país que un chileno se propuso salir de Santiago en avión y no cómodamente sentado como lo hice yo sino que llegó a Lima: metido, escondido acurrucado, empalado y con mucho miedo en el compartimiento donde se esconden las ruedas del avión. Por su suerte llegó vivo al Jorge Chávez. Hoy día este chileno vive en Inglaterra.

Yo tenía pasaporte, muchos ni siquiera esto tenían y después de algunas anecdóticas y no muy anecdóticas peripecias cientos de chilenos decidimos ir a asilarnos a unas oficinas de las Naciones Unidas abierta en Lima con el propósito de ayudar a los chilenos. Aquí vi al chileno, el del avión. No fue para nadie fácil la decisión esta de pedir asilo para después salir del Perú sin siquiera saber hacia adónde. En mi caso fue bastante difícil pues un amor limeño penetraba calurosamente y con fuerza en mi corazón y mientras esto me tenía muy contento estaba, sin embargo, muy intranquilo ya que estaba clandestino en Lima. Fue en ese momento en que dentro un autobús limeño vi a un pelirrojo que examinaba con atención un pasaporte chileno. Asumí que era un compatriota. Me le acerqué y me dijo, sin ningún embarazo, que estaba muy contento porque había pedido asilo político. Yo ni sabía en que consistía este asilo político. Cuando me lo explicó le pregunté al pelirrojo como lo había hecho. Me dio una

dirección. Entre trepidaciones me acerqué a las oficinas de las Naciones Unidas. Yo inquieto pensaba profundamente en mi madre que había quedado tan tristemente sola en un país acorralado por las asesinas balas de las Fuerzas Armadas y carabineros de Chile. Hasta la abuela Nana, madre de mi tía Yolanda, había hecho de todo para que me quedase en Perú. Inclusive me había llevado a hablar con un alto prelado de la iglesia peruana para ver si este me podía ayudar. No pasó nada. Sin embargo ese día quise aun más a la Nana por su sensibilidad y su solidaridad.

Antes de pedir asilo político, y en desesperación, vendí muchas botellas de "menta francesa" embotelladas en botellas de Whisky Johnnie Walker. Las vendía en las caudalosas oficinas limeñas ya que necesitaba dinero para ganarme la vida. Este, mi negocio, duró hasta cuando en una bonita oficina de contabilidad deje la mansa embarrá. Esta era una de esas oficinas llena de libros grandes y formales: uno de esos con tapa dura y de cuero color marrón y filamentos color oro y cuyas blanquísimas hojas están impresas con pequeños rectángulos ocupados por cuantiosas referencias y sustanciales números escritos con paciencia, letra firme y buena caligrafía. La última botella que me quedaba de la menta francesa se las mostraba a unos tipos de corbata y camisa blanca y cuando lo hacia el hediondo corcho de la botella se salió de improviso y al hacerlo desparramó, por algunos de los inermes libros de contabilidad apoyados encima de un escritorio, un distinguido y cuantioso líquido verde y muy denso. Salí despavorido del lugar por la cara de amenaza que pusieron los de la oficina.

Vendí también enciclopedias británicas a cambio de 10% de cada venta. Con lo recaudado me fui a buscar a Ecuador una visa en el consulado de Perú. En las alturas de la bella y colonial Quito y en una tarde increíble de tormentas eléctricas, que me parecían caían a metros donde estaba, me fui al consulado Peruano donde me atendió, no muy cortésmente, un funcionario, que en ese momento se encontraba a solas charlando con una linda chilena de cabellos rubios. Este caballero (este huevón tendría que haber dicho) me dio solamente tres días para que yo atravesase Perú hacia la frontera con Chile, pero sin antes que mi compatriota me preguntase a boca de jarro por qué yo estaba "arrancando" de Chile. La miré con desprecio hasta lo que mas pude sin antes decirle "No soy criminal! o *¿no sabís lo que está pasando en tu país?*". Ahí mismo me vino un retorcijo en el estomago se me salió un penoso péo, se lo dediqué a la pareja, y me fui a Perú para quedarme en este país clandestino. Sin embargo, estuve diez días en Quito y allí me encontré un chileno muy buena gente que me presentó a su familia que había llegado a Quito hacia poco. Con este chileno estuvimos en la línea imaginaria del Ecuador esa, donde el mundo se divide en dos mitades: los buenos y los malos, la riqueza y la pobreza, el mar y la montaña, el desierto y la selva., el cónsul peruano y la informante chilena.

En 1974, Ecuador, un país lindísimo, cambiaba su economía: de ser un casi típico país de exportación de bananas a un orgulloso productor y exportador de petróleo. Había muchas esperanzas en ese país y por primera vez en mi vida (1974) vi la televisión en colores. Tuve la oportunidad de visitar los estudios de televisión gracias a Cañita un chileno muy famoso en Chile porque trabajaba en programas de televisión para niños.

En Lima tenía correspondencia con algunos amigos en Chile que visitaban a mi madre y me escribían continuamente para darme noticias de ella. Sobre todo de sus tristezas de no tenerme a su lado. Nunca Pato u otro amigo o amiga me dijo de volverme a Chile y no me lo dijeron porque estaba claro que yo estaba mejor donde me encontraba.

El alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados consiguió para nosotros algunos países de Europa adonde podíamos nosotros postular desde Lima. Muchos se iban abalados por sus partidos políticos o por sus "contactos" a países del área comunista como

Rumania. Por razones que creo entrever muchos chilenos que llegaron allí se fueron muy rápidamente ni más ni menos que a París donde había, como en Italia, un buen movimiento solidario con Chile.

Cada postulante chileno en Lima o era "un licenciado de alto nivel" o un peso gordo dentro "del partido". Yo para nada era un peso gordo, no pertenecía a ningún partido y tenía muy poca educación formal y en los variados formularios para postular en alguna embajada tenía mis miedos, sobre todo hesitaba poner la palabra "obrero" en esa parte que dice "profesión" por temor a que el país receptor viera en mí un personaje poco interesante. Estos países buscan normalmente gente especializada o gente de alto nivel académico. Fernando me dijo un día con cara de afligido: *"chucha la huevúa, parece que salieron todos los cerebros de Chile, son todos los culiaoo o ingenieros o doctores"*.

Postulé, como Fernando y muchos otros, a través de un formulario de la embajada británica en Lima y en este puse bien firme, clarito y orgulloso la palabra prohibida y la embajada británica no hizo ningún reparo en mi estado social. El día de la partida de Lima a Londres me fueron a despedir cortésmente mi Nana, la hermana de tía Yolanda y mi enamorada quien de seguro desparramó industriosas lágrimas de desesperación. Yo solamente me atiné a besarla y a ocultar como pude mi emoción buscando el camino que me llevaría hacia el avión.

La British Airways por esos días hacía un buen negocio con las Naciones Unidas quienes pagaban nuestros pasajes. El avión estaba lleno de chilenos y cuando este despejaba, entre el peregrino silencio que producen las raras despedidas, miraba a mis compatriotas cada uno pesadamente sumergido en pensamientos muy dolidos y profundos. El recuerdo de mi madre, la gente de mi barrio y los que me dieron tanta solidaridad y amor en Lima se iba alejando tan rápidamente como cada nube que veía a través de las ventanillas del avión. Era el 18 de Septiembre de 1974 y se me permitió, después de un poco, entonar en mi guitarra unas cuecas chilenas para dejar claro que también nosotros los izquierdistas, los upelientos, los hijos de puta conchadesumadre, éramos tan chilenos como los otros hijos de puta y chuchadesumadre: los pinochetistas.

Mi imprevisible destino me indicó Inglaterra y después de dos semanas en Londres a mi y otros nos mandaron, diría yo nos obligaron los que dirigían la solidaridad con los refugiados, en un autobús para Escocia. Allí, según Gordon que me había escuchado cantar y tocar la guitarra en el hotel donde estábamos alojados los chilenos: *"a los escoceses les encanta la música"*.